



Por el élder James J. Hamula
De los Setenta

La Santa Cena y la Expiación

La ordenanza de la Santa Cena debe convertirse en algo más santo y sagrado para cada uno de nosotros.

En la víspera a los acontecimientos que ocurrieron en Getsemaní y en el Calvario, Jesús reunió a Sus apóstoles por última vez para adorar. El lugar fue el aposento alto de la casa de un discípulo en Jerusalén; y era la época de la Pascua¹.

Participarían de la tradicional cena de Pascua, que constaba del cordero expiatorio, vino y pan sin levadura, emblemas de la antigua salvación de Israel de la esclavitud y la muerte², así como de una futura redención aún por cumplirse³. Al aproximarse el final de la cena, Jesús tomó pan, lo bendijo, lo partió⁴ y lo dio a Sus apóstoles, diciendo: “Tomad, comed”⁵. “Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí”⁶. De manera similar, tomó la copa de vino, la bendijo y la pasó a los que lo rodeaban, diciendo: “Esta copa es el nuevo convenio en mi sangre”⁷ “que... es derramada para remisión de los pecados”⁸. “Haced esto en memoria de mí”⁹.

De ese modo sencillo y a la vez profundo, Jesús instituyó una nueva ordenanza para el pueblo del convenio de Dios. Ya no se derramaría sangre animal ni se consumiría carne animal

a la espera de un sacrificio redentor de un Cristo que todavía estaba por venir¹⁰; en vez de ello, se tomarían y comerían emblemas de la carne partida y de la sangre derramada del Cristo que ya había venido, en memoria de Su sacrificio redentor¹¹. La participación en esa nueva ordenanza manifestaría a todos una solemne aceptación de Jesús como el Cristo prometido y una voluntad plena de seguirle y guardar Sus mandamientos. Para quienes así lo expresaran y vivieran, la muerte espiritual “pasaría” de ellos y tendrían la vida eterna asegurada.



En las horas y días que siguieron, Jesús entró en Getsemaní, fue llevado al Calvario y abandonó triunfalmente la tumba de José de Arimatea. Después de la partida de Jesús, Sus fieles discípulos de Jerusalén y los alrededores, se reunieron el primer día de la semana para “partir el pan”¹², y “perseveraban”¹³ en ello. Ciertamente, no lo hacían únicamente en memoria de su Señor ausente, sino también para expresar gratitud y fe en la maravillosa Redención que Él efectuó por ellos.

Es significativo que, cuando Jesús visitó a Sus discípulos en las Américas, también instituyó la Santa Cena entre ellos¹⁴. Al hacerlo, Él dijo: “Y siempre procuraréis hacer esto”¹⁵, y “será un testimonio al Padre de que siempre os acordáis de mí”¹⁶. Una vez más, en los comienzos de la Restauración, el Señor instituyó la ordenanza de la Santa Cena, dándonos instrucciones similares a las que dio a Sus primeros discípulos¹⁷.

La ordenanza de la Santa Cena ha sido calificada como “una de las ordenanzas más santas y sagradas de la Iglesia”¹⁸. Debe convertirse en algo más santo y sagrado para cada uno de nosotros. Jesucristo mismo instituyó la ordenanza para recordarnos lo que hizo para redimirnos y para enseñarnos cómo podemos beneficiarnos de Su redención y de ese modo volver a vivir con Dios.

Con el pan despedazado y partido, manifestamos que recordamos el cuerpo físico de Jesucristo; un cuerpo que fue sacudido con dolores, aflicciones y tentaciones de todo tipo¹⁹; un cuerpo que soportó una carga de angustia suficiente como para sangrar por cada poro²⁰; un cuerpo cuya carne fue desgarrada y cuyo corazón fue quebrantado en la Crucifixión²¹. Manifestamos nuestra creencia de que, aunque ese mismo cuerpo fue dejado en la tumba, fue levantado de ella

nuevamente a vida, para nunca más conocer la enfermedad, el deterioro o la muerte²²; y al comer el pan, damos fe de que, al igual que sucedió con el cuerpo mortal de Cristo, nuestro cuerpo será liberado de los lazos de la muerte, se elevará triunfantemente de la tumba y será restaurado a nuestro espíritu eterno²³.

Con un pequeño vaso de agua, manifestamos que recordamos la sangre que Jesús derramó y el sufrimiento espiritual que soportó por toda la humanidad. Recordamos la agonía que ocasionó que cayeran grandes gotas de sangre en Getsemaní²⁴; recordamos los golpes y azotes que soportó a manos de Sus captores²⁵; recordamos la sangre que derramó por Sus manos, Sus pies y Su costado al encontrarse en el Calvario²⁶; y recordamos Sus sufrimientos: "...cuán dolorosos no lo sabes; cuán intensos no lo sabes; sí, cuán difíciles de aguantar no lo sabes"²⁷. Al tomar el agua, damos fe de que Su sangre y sufrimiento expiaron nuestros pecados y que Él perdonará nuestros pecados si adoptamos y aceptamos los principios y las ordenanzas de Su evangelio.

Por lo tanto, con el pan y el agua se nos recuerda la redención de la muerte y del pecado que Cristo nos ofrece. La secuencia de primero el pan y luego el agua no es intrascendente. Al participar del pan, se nos recuerda nuestra propia e ineludible resurrección personal, que consiste en más que la simple restauración del cuerpo y del espíritu. Por el poder de la Resurrección, todos nosotros seremos restaurados a la presencia de Dios²⁸. Esa realidad nos presenta la pregunta fundamental de nuestra vida. La pregunta fundamental que todos afrontamos no es si viviremos, sino con quién viviremos después de morir. Si bien todos regresaremos a la presencia de Dios, no todos permaneceremos con Él.

A lo largo de la vida mortal, todos nos contaminamos con el pecado y la transgresión²⁹. Tendremos pensamientos, usaremos palabras y haremos cosas poco virtuosas³⁰. En pocas palabras, no estaremos limpios, y con respecto a la impureza en la presencia de Dios, Jesús dejó bien claro que "...ninguna cosa inmunda puede morar... en su presencia"³¹. Esa realidad le quedó muy clara a Alma, hijo, cuando después de que se le presentó un santo ángel, se sintió tan angustiado, mortificado y atormentado por su impureza que deseó ser "...aniquilado en cuerpo y alma, a fin de no ser llevado para comparecer ante la presencia de... Dios"³².

Al participar del agua de la Santa Cena, se nos enseña la manera en que podemos purificarnos del pecado y de la transgresión y así entrar en la presencia de Dios. Mediante el derramamiento de Su sangre inocente, Jesucristo satisfizo las exigencias de la justicia por cada pecado y transgresión. Entonces, Él ofrece purificarnos si tenemos suficiente fe en Él para arrepentirnos; aceptar todas las ordenanzas y los convenios de salvación, comenzando por el bautismo; y recibir el Espíritu Santo. Al recibir el Espíritu Santo, somos limpiados y purificados. Jesús dejó muy clara esta doctrina:

"Y nada impuro puede entrar en su reino ... nada entra en su reposo, sino aquellos que han lavado sus vestidos en mi sangre..."

"Y éste es el mandamiento: Arrepentíos, todos vosotros, extremos de la tierra, y venid a mí y sed bautizados en mi nombre, para que seáis santificados por la recepción del Espíritu Santo, a fin de que en el postrer día os presentéis ante mí sin mancha"³³.

Ésta es la doctrina de Cristo³⁴. Cuando recibimos esta doctrina y vivimos en conformidad con ella, en verdad somos limpiados y lavados en la sangre de Cristo³⁵.

Por medio de las oraciones sacramentales, expresamos nuestra aceptación de esta doctrina de Cristo y nuestro compromiso de vivir de acuerdo con ella. En nuestra súplica a Dios, nuestro Padre Eterno, declaramos nuestro compromiso de recordar siempre a Su preciado Hijo. Primero, declaramos nuestra "disposición" a recordar; y luego declaramos que "sí" recordamos. Al hacerlo, tomamos el compromiso solemne de ejercer fe en Jesucristo y en Su redención de la muerte y del pecado.

Declaramos además que "[guardaremos] sus mandamientos". Ése es un compromiso solemne de que nos





arrepentiremos. Si en los días anteriores nuestros pensamientos, palabras o actos no han sido tan buenos como deberían haber sido, volvemos a comprometernos a alinear más nuestra vida con la Suya en los próximos días.

A continuación, declaramos que estamos "...dispuestos a tomar sobre [nosotros] el nombre [del] Hijo"³⁶. Ése es un compromiso solemne de que nos someteremos a Su autoridad y de llevar a cabo Su obra, la que incluye efectuar todas las ordenanzas y convenios de salvación personales³⁷.

En las oraciones sacramentales se nos promete que si nos comprometemos a vivir esos principios, siempre podremos "tener su Espíritu con nosotros"³⁸. El recibir nuevamente el Espíritu es una bendición consumada, porque el Espíritu es el agente que nos limpia y purifica del pecado y la transgresión³⁹.

Hermanos y hermanas, el acontecimiento más importante en el tiempo y en la eternidad es la expiación de Jesucristo. Aquél que llevó a efecto la Expiación nos ha otorgado la ordenanza de la Santa Cena para ayudarnos no sólo a recordar, sino también a reclamar las bendiciones de este supremo acto de gracia. La participación frecuente y sincera en esta sagrada ordenanza nos ayuda a seguir abrazando y viviendo la doctrina de Cristo después del bautismo, y así proseguir

y completar el proceso de la santificación. De hecho, la ordenanza de la Santa Cena nos ayuda a perseverar fielmente hasta el fin y recibir la plenitud del Padre del mismo modo en que lo hizo Jesús, gracia por gracia⁴⁰.

Testifico del poder de Jesucristo para redimirnos a todos de la muerte y del pecado, y del poder que tienen las ordenanzas de Su sacerdocio, entre ellas la Santa Cena, a fin de prepararnos para "ver la faz de Dios, sí, el Padre, y vivir"⁴¹. Ruego que participemos de la Santa Cena la próxima semana, y cada semana a partir de entonces, con un deseo más profundo y un propósito más sincero; en el nombre del Señor Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase Mateo 26:17–20; Marcos 14:12–17; Lucas 22:7–18.
2. Véase Éxodo 12; Números 28:16–25; Bible Dictionary, "Feasts."
3. Véase Éxodo 13:12–13; Mosíah 2:3–4; Moisés 5:5–8.
4. Véase Mateo 26:26; Marcos 14:22; Lucas 22:19; 1 Corintios 11:24. En contraste, cuando Jesús instituye la Santa Cena entre los nefitas tras Su resurrección, parte el pan y después lo bendice (véase 3 Nefi 18:3).
5. Mateo 26:26; Marcos 14:22; 1 Corintios 11:24.
6. Lucas 22:19; véase también 1 Corintios 11:24.
7. Lucas 22:20; véase también Mateo 26:28; Marcos 14:24; 1 Corintios 11:25.
8. Mateo 26:28.
9. Lucas 22:19; véase también 3 Nefi 18:11.
10. Véase 2 Nefi 11:4; 25:24–25; Jacob 4:5; Alma 34:14; 3 Nefi 9:17, 19–20; Moisés 5:5–8.

11. Véase Juan 6:51–57; 1 Corintios 11:24–26; Doctrina y Convenios 20:40.
12. Hechos 20:7.
13. Hechos 2:42.
14. Véase 3 Nefi 9:19–20; 18:1–11; 20:3–9; 26:13.
15. 3 Nefi 18:6.
16. 3 Nefi 18:7.
17. Véase Doctrina y Convenios 20:75; 27:2; 59:9–12.
18. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph Fielding Smith*, 2013, pág. 102. "A mi juicio, la reunión sacramental es la más sagrada [y] la más santa de todas las reuniones de la Iglesia" (*Enseñanzas: Joseph Fielding Smith*, pág. 101).
19. Véase Alma 7:11.
20. Véase Lucas 22:44; Mosíah 3:7; Doctrina y Convenios 19:18.
21. Véase Salmos 22:16; Juan 19:33–34; 20:25–27; 3 Nefi 11:14; Doctrina y Convenios 6:37; James E. Talmage, *Jesús el Cristo*, 1975, pág. 350.
22. Véase Mateo 28:6; Lucas 24:6, 39; Juan 20:20; Doctrina y Convenios 76:22–24.
23. Véase Juan 6:51–59; Alma 11:42–44; 40:23; 3 Nefi 27:13–15.
24. Véase Lucas 22:44; Mosíah 3:7; Doctrina y Convenios 19:18.
25. Véase Isaías 53:5; Mateo 26:67; 27:26, 29–30; Marcos 14:65; 15:15, 19; Lucas 22:63–65; Juan 19:1; Mosíah 15:5.
26. Véase Mateo 27:35; Marcos 15:15; Lucas 23:33; Juan 19:16, 33–34.
27. Doctrina y Convenios 19:15.
28. Véase Alma 11:42–45; 3 Nefi 27:13–15.
29. Véase Moisés 6:55.
30. Véase Mateo 5:27–28; 12:36; Santiago 3:1–13; Mosíah 4:29–30; Alma 12:14.
31. Moisés 6:57; véase también 1 Corintios 6:9; Efesios 5:5; 1 Nefi 10:21; 15:33–34; Alma 7:21; 11:37; 40:26; 3 Nefi 27:19; Doctrina y Convenios 1:31–32.
32. Alma 36:15; véase también el versículo 14; Apocalipsis 6:15–17; Alma 12:14.
33. 3 Nefi 27:19–20.
34. Véase 2 Nefi 31:2–21; 3 Nefi 11:31–41; 27:13–22; Doctrina y Convenios 76:40–42, 50–54, 69–70.
35. Véase 3 Nefi 27:19; véase también Apocalipsis 1:5–6; Alma 7:14–15; Alma 5:21; 13:11–12; Éter 13:10–11; Moisés 6:59–60.
36. Doctrina y Convenios 20:77; Moroni 4:3.
37. Véase Dallin H. Oaks, *His Holy Name*, 1998; Dallin H. Oaks, "Taking upon Us the Name of Jesus Christ", *Ensign*, mayo de 1985, págs. 80–83.
38. Doctrina y Convenios 20:77, 79; Moroni 4:3; 5:2.
39. Véase Romanos 15:16; 1 Corintios 6:11; 2 Nefi 31:17; Alma 5:54; 13:12; 3 Nefi 27:20; Moroni 6:4.
40. Véase Doctrina y Convenios 93:6–20.
41. Véase Doctrina y Convenios 84:22.